

dos, temblorosos, en la acongojada espera, imponían silencio, como si el silencio pudiese favorecer el acto salvador.

En cierto instante, pareció que el cable, tendido por tierra, no se movía más. El marinero lo cogió y esperó un momento. Después gritó, llorando, en el colmo del júbilo.

—¡Ya tira, ya tira!

Entonces se precipitaron todos al cable, aferrándose a él, exultantes, jubilosos.

Otro relámpago...

—¡Venga! ¡Fuerza, fuerza! ¡Ya se acerca!
¡Viva, viva!

Y poco después, Bruno Celesia abordaba la playa en su barca.

—¡Salvado, salvado! ¡Tirad un poco más!—
dijo Celesia.—¡Aquí está, en la barca: aún respira!

¡Magnífica victoria! Pero cuando la muchedumbre reconoció al náufrago...

Aún al hombre más dispuesto y más firmemente preparado a desafiar y despreciar todas las contrariedades de la vida, el destino, burlón, se complace en crear situaciones ante las que ni siquiera le queda el recurso de una sonrisa.

Bruno Celesia había salvado al amante de su mujer.

EL VIEJO DIOS

Vestido con traje ligerísimo que revolaba al viento, el quitasol abierto y apoyado sobre un hombro, el viejo jipi en la mano, delgado, un poco encorvado, enjuto y pulcrísimo, se encaminaba a diario a los sitios de su singular veranéo. Había descubierto don Aurelio un lugar en que nadie pensó jamás, y se regocijaba interiormente, frotándose nervioso las manos.

Unos van a la montaña; otros, a orillas del mar o al campo: él iba a las iglesias de Roma. ¿Por qué no? ¿No se goza, acaso, en ellas de tan fresca temperatura como en un bosque? Y en santa paz, además. En los bosques, los árboles; aquí, las columnas de la nave; allí, a la sombra de las frondas; aquí, a la sombra del Señor.

¿Qué remedio? Paciencia...

También él, en otros tiempos, fué dueño de una magnífica casa de campo, cerca de Perusa, con sus cipreses numerosos, umbríos, y a lo largo del canal, la grácil y elegante avenida de sauces violáceos, en la dulce sombra, azul, sosegada. La soberbia quinta, decorada por el famoso Vetti, encerraba una preciosa colección de objetos de arte. ¡Ah, qué hermosura! Un verdadero tesoro... Casa y patrimonio, todo se lo llevó el viento. Y para veranear, ya no le quedaba más que las iglesias.

¿Qué remedio? Paciencia...

Residía muchos años en Roma, y aún no había conseguido llevar a efecto su propósito de visitar, uno a uno, todos los templos, que tantas maravillas y tantos tesoros de arte encierran. ¡Ah, pero este año, podría hacerlo hasta por esparcimiento veraniego!

Esperanzas, ilusiones, riquezas y tantas otras bellas cosas había perdido don Aurelio a lo largo del camino de la vida. Sólo había quedado la fe en Dios, que, poco o mucho, en las tinieblas angustiosas de su existencia arruinada, era como una lucecilla, que él, andando por la senda del infortunio, protegía cuidadosamente del helado soplo de los últimos desengaños. Erraba como extraviado en el laberinto del mundo, sin que nadie se preocupase de él.

—No importa. ¡Me ve Dios!—decíase a si mismo, confortándose.

Y don Aurelio, tenía la honda convicción de que Dios le miraba a través de aquella lucecilla de su fé. Y tal era su seguridad, que la idea del fin, más que desfallecerle, le aliviaba.

A pesar de que las calles, bajo un sol abrasador, estaban casi siempre desiertas, no dejaba de haber alguien: un pilluelo, un cochero, que al verle pasar con su reluciente cráneo al descubierto y sus guedejas grises oscilándole sobre la nuca, no le lanzase alguna frase irónica, como por ejemplo:

—¡Vaya un tipo! ¡Un hombre con dos barbas, una delante y otra detrás!

Claro está que hubiera podido ocultar sus melenitas bajo el amplio jipi; pero don Aurelio, en verano, no podía soportar el sombrero. Se sonreía él también ante la ocurrencia, y aceleraba, casi sin querer, aquellos menudos pasos suyos de perdiz, para quitar ocasión a otras bromas de esos ociosos.

¿Qué remedio? Paciencia...

Al entrar en la iglesia designada aquel día para el veraneo, deseaba ante todo gozar las delicias de la llegada: sentarse. Lanzaba un largo suspiro; se limpiaba el sudor; después, hábilmen-

te, plegaba el pañuelo en cuatro dobleces y se lo ponía a la cabeza, en esta guisa, para resguardarse de la húmeda frescura.

Alguna rara devota, que apenas se volvía a mirarle, viéndolo con aquel ridículo cubrecabezas, amagaba para sí una risilla.

Pero don Aurelio, en aquel momento, se sentía feliz, respirando el fresco perfumado de incienso, que pesaba en la solemne vacuidad silenciosa del sagrado recinto; ni siquiera soñaba que allí, en la casa de Dios, hubiese alguien que se complaciera riéndose de él.

Después de un ligero reposo, comenzaba a examinar la iglesia, pero muy poco a poco, como quien debe pasar el día; y estudiaba con amorosa atención la arquitectura en todos sus detalles. Se detenía ante los retablos, ante los mosaicos, ante las capillas, ante todo monumento sepulcral, y con la mirada experta, descubría en seguida las peculiaridades de la época, de la escuela a la que la obra de arte debía adscribirse, y si era legítima o estaba desfigurada por añadidos y revoques de restauraciones desdichadas. Después volvía a sentarse; y si en la iglesia, como frecuentemente ocurría a aquella hora, en aquella estación, no había nadie más que él, aprovechaba el momento para apuntar rápidamente en una libretita sus impresiones, alguna nota, una duda que aclarar.

Satisfecha así su primera curiosidad y cum-

plida por aquel día la tarea de arte que se había fijado, sacaba del bolsillo algún librito de amena lectura, que por el tamaño pudiera parecer un devocionario, y comenzaba a leer, levantando de vez en cuando la cabeza para resumir o representarse ante los ojos la escena descrita por el poeta. Tampoco con aquella lectura de libros profanos, temía, ofender la casa del Señor, porque, según su modo de ver, Dios no podía tomar a mal las cosas bellas, creadas para inocente esparcimiento de los hombres.

Cansado de la lectura, se abandonaba, con los ojos fijos en el vacío y frotándose un largo rato el índice y el pulgar de las dos manos, a sus propias fantasías o al recuerdo de los años perdidos.

Tal vez, mientras permanecía absorto en sus fantasías surgía ante sus ojos, desde el nicho de una pilastra, alguna pétrea figura, asomándose como para mirar.

—¡Hola!—decía entonces moviendo la cabeza y sonriendo.—¡Qué feliz eres, amigo mío! ¿Qué tal se pasa, después de muerto?

Y se levantaba de nuevo para leer en la inscripción funeraria el nombre de aquel sepultado. Después, volvía a sentarse y comenzaba a dialogar mentalmente con la imágen.

—¡Hétenos aquí, mi querido Hierónymus! ¡Lástima que ya no permitan enterrar en las iglesias! Allí, en esa pilastra de enfrente, haría va-

ciar un nicho, y cara a cara contigo ¡qué entretenidos diálogos sostendríamos! Tienes cara de buen hombre, pobrecito, y sin duda intimaríamos. Pero ¿qué remedio? Paciencia... Me parece, sin embargo, que después de muerto se debe de estar mejor en una iglesia. ¡Este agradable olor de incienso!... ¡Misas y plegarias todos los días!... En el cementerio, si hemos de decir la verdad, llueve...

Sin embargo, también la muerte en el Campo Santo, es una liberación, cuando sobre la tierra, más que para vivir bien, se prepara uno para morir sin miedo. Don Aurelio no esperaba bienaventuranzas en la otra vida; le bastaba con llegar al último trance tranquila la conciencia de no haber hecho daño a nadie, voluntariamente. Conocía las dudas tenebrosas acumuladas por la ciencia, como tantos nubarrones, sobre la luminosa explicación que la fé nos da de la muerte, sea por haberlo leído en algún libro, sea por haberlo casi respirado en el aire; y se condolía de que el Dios de sus días, hasta para él, creyente, no pudiese ser aquél que en seis días había creado el mundo, y el séptimo, descansó.

...

Aquella mañana, al entrar en el templo, le causó maravilla el aspecto del sacristán, un buen viejo, enormemente barbudo y melencudo, ostentando

con orgullo barbas y cabellera partida en crenchas, ondulada a mechones sobre las espaldas. Hermosa cabeza, pero la cabeza nada más. El cuerpo, gordinflón, encorvado, flojo, parecía penar en sostenerla con todo su volumen de pelos.

Don Aurelio, reflexionando ahora acerca de la vida y de la muerte; considerando amargamente los mezquinos progresos del alma en este tan decantado siglo de las luces; vuelto el pensamiento al viejo Dios de la intacta fé de sus padres, se durmió lentamente. Y aquel viejo Dios, se le apareció en su sueño, encorvado, flojo, como penando en sostener la cabeza enormemente barbuda y melencuda del sacristán del templo; y, sentándose a su lado, comenzó a platicar con él, desahogándose como los viejecillos sentados en un banco, frente a su asilo:

—¡Malos tiempos corren, hijo mío! Mira a qué he quedado reducido. Aquí me tienes, vigilando los bancos. De vez en cuando, entra algún extranjero. Pero no creas que le atraigo Yo. Viene a visitar los frescos antiguos y las esculturas. Si se quita el sombrero, es tan solo por conveniencia. Si se le consintiese, hasta treparía por los altares para ver de más cerca las pintadas imágenes de algún retablo. ¡Malos tiempos, hijo mío! ¿Te has enterado, has leído los nuevos libros? Según ellos, Yo, el Padre Eterno, no he hecho nada; todo surgió por sí, naturalmente, poco a poco. Yo no he

creado primero la luz, después el cielo, después la tierra y todo lo demás, como te habían enseñado en tus tiernos años. ¡Vamos, vamos! Yo no tengo nada que ver con todo eso. Las nebulosas, la materia cósmica... Hasta hubo cierto sabio, con atrevimiento suficiente para proclamar que, después de haber estudiado el cielo en todas las direcciones, no había encontrado ni siquiera el más mínimo rastro de Mi existencia. Dime: imaginas a este pobre hombre, que, armado de su anteojo, se afanaba seriamente en darme caza por los cielos, cuando no me sentía en su mísero corazón? De buena gana me reiría, hijo mío, si no viese a los hombres prestar tanta atención a semejantes tonterías.

«Recuerdo los tiempos en que mantenía Yo a los hombres en un sagrado terror y les hablaba con la voz de los vientos, de los truenos y de los terremotos. Como ahora han inventado el pararrayos ¿sabes? ya no Me temen. Se han explicado el fenómeno del viento, de la lluvia, etc., y ya no acuden a Mí para obtener de gracia lo que desean. Es preciso que Me decida a abandonar la ciudad y Me limite a hacer de Padre Eterno en los campos; allí viven todavía, no digo muchas, pero sí algunas almas ingenuas de campesinos, para quienes aún no se mueve la hoja del árbol sin Mi voluntad; y Yo soy quien forja las nubes y envía el buen tiempo. ¡Vamos, vamos, hijo mío! Tam-

bién estás tú mal aquí; lo veo. ¡Vamos, vamos al campo, entre la buena gente pusilámene, entre la buena gente que trabaja!»

A estas palabras, don Aurelio, en sueños, sintió oprimírsele el corazón. ¡El campo, su anhelo! Veíase en aquel instante como si estuviese en él, respirando aire embalsamado... Cuando de pronto, sintióse sacudir; y, abriendo los ojos, aturrido, presa de estupor, vió ante sí, vivo y respirando, al mismísimo Padre Eterno, que aún le repetía:

—Levántate, vámonos...

—¡Pero si hace ya tanto tiempo que!... —farfolló don Aurelio con los ojos muy abiertos, aterrado ante la realidad de su sueño.

Pero el viejo sacristán sacudió las llaves.

—Se va a cerrar la iglesia...